

Luisa Moreno Sartorio. (Biografía)

Paraguayana chaguina, doctora en Ciencias Veterinarias, año 1976, socia fundadora de PRONATURA, socia del Club del Libro N° 1, integrante del Taller de Cuento Breve. En el año 1988 obtiene el segundo premio con su cuento "Capitara", presentado en el concurso literario "Veuve Clic-quot Ponsardin".

En 1990 gana el Segundo Premio otorgado por el cuento Requiem para un dorado - por la revista uruguayana Punto de Encuentro con el cuento "El antiguo catalero".

El mismo año fue galardonada con el Segundo Premio del Circolo Español de Poesía, México, por el poema Pantera Oscura.

Sus libros de cuentos son Ecos de monte y arena (1992), Reedición en guaraní, Kapiyva, traducida por Mario Ribben Alvariza (1993), El último pasajero y Nardita en el paisaje (2000) El autista también del poemario Canela encendida (1994).

Cuestionario:

- ¿Por qué crees que se llama El Rojal del Abuelo?
- ¿Los dos alguna historia parecida? ¿Cuántas cenas?
- ¿Te gusta el final del cuento? ¿Por qué?

"El Rojal del Abuelo" de Luisa Moreno Sartorio.

El olor a carne descompuesta de un buey tirado en la banquina, su vientre a punto de reventar, las patas duras y el vacío de las cuencas, eran mis experiencias de la muerte. La otra, misteriosa y recóndita, la de los hombres, no iba más allá de una caja negra que mi fantasía llenaba de imágenes aterradoras, o de las casitas rosadas, verdes, brotadas de vuyos, entre las que jugábamos el día de las ánimas, en el lejano cementerio de mi pueblo.

Entré en contacto con la muerte a los nueve años, el día en que don Luis Buvé, el amigo de mi abuelo dijo a mi madre:

— Doña Carmencita, a su padre lo internaron en el hospital, está muy grave.

Llevándose las manos a la cara, con la voz temblorosa, ella exclamó: ¡Dios mío!

Desde entonces, fue como si una niebla sombria nos envolviera. Mi madre comenzó a andar en forma extraña por la casa; rehusaba las comidas; amanecía con los párpados enrojecidos, y varias veces la sorprendí hincada ante el crucifijo moviendo los labios en largas plegarias. Era la suya una tristeza diferente de las que yo le conocía, no encontraba en su mirada el reproche callado, ni la resignación de siempre, sino la angustia que crecía en la espera de una violencia capaz de destruirla, y mi madre lo presentía, como si se lanzara hacia un abismo en una oscuridad habitada por murciélagos, a quienes adivinaba por el roce de las alas o los ojos ciegos de maligna incandescencia.

Nosotros vivíamos en la Villa, mi abuelo en el monte, cruzando el río Verde. No lo conocíamos ni por fotografía porque renegaba de nosotros, y de la costumbre de retratarse, pero sabíamos que en la pared de su dormitorio tenía colgada

la feroz cabeza de un tigre, que según mi padre se había reencarnado en el abuelo. Que en su dedo índice llevaba un anillo de raro metal, regalo de un peregrino, y que mi abuelo tenía un enorme agujero en el pulmón derecho.

— Viejo terco, hace tiempo que expectora el bofe a pedazos, pero no deja sus apesostos cigarros. Dicen que fuma más que antes; como si quisiera... y sin terminar la frase mi padre callaba, achicando los ojos, contentiendo la rabia que lo poseía cada vez que recordaba al abuelo. A mí se me antojaba que el abuelo era colérico, antipático, y también yo le guardaba rencor porque nunca vino a visitarnos, ni cuando recibí mi primera comunión.

SI EL ABUELO MUERE

— Si el abuelo muere, nadie impedirá que lo veamos: me dijo mi hermana una noche que estábamos desveladas y andábamos por los rincones persiguiendo grillos y lagartijas.

De ahí en más, yo también deseeé su muerte. Me regocijaba pensar que, por fin conoceríamos la casa de techo alto y oscuros rincones, donde se agazapaban los espectros que según decían atacaban al abuelo bajo el parral, en luna nueva. Podríamos ver el trozo de arcilla hollada por el último payaguá, cuyos pies medían cuarenta y cinco centímetros. Y me encantaba recordar las aventuras pequeñas del abuelo cuando a los quince años, después de una gran creciente se extravió en el campo y tuvo que vivir un tiempo en una tribu indígena que lo había rescatado de las aguas.

Después de una formidable escaramuza con las fieras, comía con ellos carne de avestruz, hervida en ollas llenas de grasa de carpincho durante los festines que se prolongaban por varios días, danzando en los rituales con sonajeros de

huesos atados a los tobillos. Y en reiteradas ocasiones, se cuenta que estuvo a punto de ahogarse embriagado en bateas llenas de chicha espumosa, brebaje de alcohol hecho con vainas de algarrobo. Que en inviernos de amaneceres brumosos crujían cristales de escarchas bajos sus pies descalzados y, amaratado de frío, él reptaba como la iguana de lomo irisado para atrapar venados soñolientos. Y en noches de verano descansaba sobre la grama, de cara al cielo, la cabeza apoyada sobre el vientre, de su compañera, serena el alma, ahito el cuerpo, llenándose de sueño en el monótono latir de los insectos.

Yo cerraba los ojos y dibujaba su rostro, quería rozar con mis dedos sus arrugas y cicatrices, oler su piel, segura de que sabría a tabaco del fuerte, a alcohol salvaje, y me sublevaba desde el fondo de mi corazón su indiferencia y su rechazo.

— Mamá: ¿Por qué nos odia el abuelo, por qué no puedo escuchar sus historias?

— El nos quiere, pero se enojó conmigo cuando me escapé con tu padre. Al principio los dos eran muy amigos, pero luego tu papá se puso a hablar de cambios en el partido al que ambos pertenecían. Quiso introducir reformas, y conculgó con todas esas ideas nuevas. Ardían en discusiones por tonterías, y llegaron a distanciarse y a odiarse. Me exigió que rompiera con él mi compromiso, quería mandarme a Asunción con mis tías, entonces yo tuve que huir de casa a lo que mi madrina y después me casé con tu padre a escondidas.

Mi mamá suspiraba hondamente y seguía con su trabajo. Insatisfecha y más curiosa aún, yo quería saber más, entonces ella colocaba su dedo tibio sobre mis labios y en su mirada había un ruego doloroso que exigía mi obediencia.

DON LUIS TRAE LA NOTICIA

Una siesta ella bordaba un monogramma y sus ojos ansiosos iban de la aguja a la puerta, como esperando algo. Yo estaba sentada a sus pies comiendo nueces, cascándolas era lo único divertido en esas horas de quietud y silencio impuestos por mi padre que dormía en la habitación contigua. Yo estaba preocupada por el semblante de mi madre, que pálida y nerviosa evitaba conversaciones con nosotros. En eso llamaron a la puerta, vi que mi madre se estremecía y tirando el bastidor fue corriendo a abrir la puerta. Era don Luis Buve, quien vivía con mi abuelo desde que éste le curara de unas pústulas, y, por gratitud, don Luis se había quedado con mi abuelo a ayudarlo en la salazón de carnes y en la maduración de quesos. Don Luis se acercó a nosotros muy pálido, con la boina en la mano, su olor a herrumbre de gringo viejo, después de algunas palabras de cortesía terminó diciendo:

Doña Carmencia su padre murió esta mañana.

Mi mamá quedó estremecida de llanto, yo no podía ocultar la alegría que sentía por todo lo que de novedoso traía a nuestras vidas la muerte de mi abuelo. Lo festejamos con mi hermana, detrás de la casa, con un emocionado abrazo y le pusimos una marca con fecha en el tronco del viejo tamarindo del patio. Más tarde gran trabajo nos costó disimular nuestra dicha ante el llanto convulsivo de nuestra madre, e inútilmente buscábamos la mirada cómplice de mi papá. Para nuestro asombro; conociendo la aversión que le tenía al abuelo, esperábamos verlo tan feliz como nosotras, sin embargo, lo encontrábamos más grave y severo que nunca. Nos retiramos a nuestra habitación, confundidas ante el lenguaje sombrío con que la muerte anudaba a nuestros padres.

Durante años los dos báculos de nuestra familia, erizados por ofensas mutuas, no hacían otra cosa que agravarse, pero sorpresivamente al parecer mi abuelo había triunfado, porque algo más tarde, vimos a mi papá hundido en el sillón, despeinado, la vista perdida en el cuadro vacío de la ventana. Tenía el aspecto del hombre cansado que regresaba de una batalla perdida, y resignado, reflexionaba sobre sus errores.

LA MISTERIOSA CASA DEL ABUELO

La prima Isabel nos ayudó a vestirnos, polleras tableadas, blusitas blancas y zapatos de trabilla charolados. Todo nuevo. Tomadas de la mano, con incontrollable sonrisa de felicidad llegábamos a la casa del abuelo. Nos seguían nuestros padres: ella, de luto severo, él exigiéndole pudor en la exteriorización de sus sentimientos.

Dos palmeras espinosas custodiaban la entrada. Pasamos a una sala amplia donde algunas personas tomaban café en blancas tacitas de porcelana. Comenzaban los saludos de condolencias y yo me perdí entre rumores de hombres graves, y espesos olores de flores, de naftalina que despedían las ropas de seda negra de algunas señoras gordas y sudorosas. Se me helaban los dedos y mi corazón estaba tan acelerado que apenas podía respirar. Salí al corredor. Desde allí se extendía la enramada que, supuse, sería el escenario de los desvaríos de mi abuelo. Los últimos rayos del sol encendían racimos de uvas moradas; de pronto me encontré con una puerta que tenía un lazo de seda negra prendido con una chincheta, la empujé y fue cediendo pesada y quejumbrosa, salió un olor a ropa limpia, a velas. La habitación estaba en penumbra, cuando los vi quise salir corriendo, pero una ráfaga de viento cerró de golpe la puerta; eran dos ancianos, uno en la cama entre sábanas muy

blancas, el otro, pequeño y jorobado, estaba sentado en un taburete junto a la cabecera de la cama. Reconocí los ojos globosos de don Luis Buvé que me buscaban, él me observó un rato y luego sonriendo se levantó-se despertó con las manos-las piernas entumecidas y, arrastrando los pies vino hacia mí, tenía un traje oscuro y no llevaba corbata.

— Llegaste, tu abuelo se alegrará-dijo, y arrastrándome me llevó hacia el otro anciano que parecía estar durmiendo.

— ¿Y los otros? me preguntó don Luis.

— Allá afuera —contesté bajito. No sentía mi cuerpo, sólo las rodillas que chocaban una con otra y se negaban a sostenerme. El abuelo tenía una calva lustrosa moteada de pecas anchas y oscuras, la nariz ganchuda, y toda la piel del mismo color de la vela de esmeralda que ardía a su lado en un candelabro. Los párpados sellaban los ojos que ya nunca podrían mirarme. Me doña el pecho. Sentía rabia y angustia al mismo tiempo.

— Murió sin rencores, en mis brazos. Tu abuelo era un hombre muy bueno.—susurró don Luis como para sí mismo.

— Eso no es cierto! Era malo, muy malo! Ni siquiera quiso conocernos-le dije casi gritando. El continuó:

— ¡...! conocía y les quería. Sufrió mucho a causa del casamiento de tu madre con alguien que no era de su agrado; si tu padre fuese menos...—hizo una pausa y siguió con una voz sosegada como si meditara cada palabra.

— Si hubiese tratado de entenderlo, todo hubiese sido diferente. Pero nunca vino, ni permitió a tu madre verlo, ni esta cosa...

Le Partió una brasa que bajó sobre la alfombra, y ella que varias veces el abuelo lo había mandado a comprar dulces y juguetes para nosotras, y que luego se vestía con esmero.

tomaba su bastón y se despedía diciendo: "Iré a dar un beso a mis nietas". Y sonriendo se calaba el sombrero y se alejaba silbando alegremente, pero que rato después regresaba con pasos presurosos, colgaba el sombrero en la percha y, rojo de ira, maldecía a mi padre: ¡Maldito comunista! ¡Me niego a ver su odiosa cara! Y encerrado en su habitación, sin probar un bocado, fumaba hasta la madrugada. Después ensillaba su alazán y en varios días no se lo volvía a ver.

EL ROPEO DE LOS TESOROS

Don Luis Buvé carraspeó, se levantó a cambiar la vela que se había consumido y me dijo.

— Quiero mostrarte algo-y tomándome de la mano helada, me condujo a una salita contigua, abrió con dificultad un viejo ropero que tenía los goznes rotos, donde del piso al techo, había juguetes que mi hermana y yo ni soñábamos tener. Lo interrogué con la mirada qué hacían allí, amontonados en sus cajas de brillantes colores; intactos juegos de té, muñecas de ojos soñadores, ositos de sedosa felpa. Los ojos azules de don Luis se humedecieron, parpadeó, y dijo que de él se valía el abuelo para enviármolos, el día de Reyes, Navidad o cumpleaños, pero mi padre se los devolvía diciendo: ¡Mis hijas no reciben limosnas!. Que nunca aceptó ni siquiera los duraznos, aún sabiendo que eran las mejores frutas del huerto, las más arreboladas, y que el abuelo las arrancaba porque sabía que eran las preferidas de mi mamá. Y aún así mi padre las rechazaba. Don Luis se encogió de hombros, y agachándose abrió la tapa de un antiguo baúl huro, y sacó un álbum forrado con cuero de remate. Quedó asombrada viendo las páginas llenas de nuestras fotografías. Las de mi bautismo, la de mi hermana sobre el petizo "mala cara", varias otras de mi primera

comunión que nosotros no teníamos. Don Luis me contó que ese día mi abuelo y él estuvieron en la iglesia una hora antes y que el abuelo había contratado un fotógrafo para que me retratara durante la ceremonia y que antes de finalizar el oficio ellos se habían retirado en discreto silencio. Yo le pregunté dónde había conseguido las demás. Me aclaró que mi mamá se las enviaba a escondidas de mi papá. Me mostró que eran láminas muy ajadas porque antes de dormirse el abuelo, don Luis Buvé le llevaba el álbum y la tisana, y mientras tomaba la infusión, se entretenía buscando en nosotras rasgos familiares, y cuando don Luis se retiraba, amagando llevarse el libro, él lo retenía diciendo "No, dejámelo, así me siento menos solo".

• Volvimos al cuarto donde yacía el anciano. Miré a mi abuelo muerto, una desconocida sensación, algo de ternura y mucha de rabia luchaban en mi interior, pero ya estaba entrenada a reprimir mis emociones, y a considerar al abuelo como al enemigo. Al fin entendía el motivo de la velada tristeza de los ojos de mi madre. Miré a mi alrededor, la cama grande, maciza, el escaso mobiliario cubierto de polvo, y el azul desvaído de las cortinas. Afuera se escuchaba el aullido melancólico del perro que quedaba sin amo.

Desde entonces con cierta regularidad visitamos la tumba del abuelo, pero papá no quiere acompañarnos. Un día, con gran sorpresa para todos, encontramos que alguien había plantado un rosai, mi mamá y mi hermana se preguntaban quién podría haber sido. Yo lo sabía, no obstante me hice la tonta, porque había prometido a mi papá guardar el secreto.